

Puesto que hablo de los monumentos y de los objetos de la piedad napolitana, hé aquí algunos pormenores que completarán lo que ya he dicho en esta importante materia. La piedad toma el carácter de las naciones como de los individuos; más fría, más reservada, en Francia, es mucho más viva, más expansiva y más sencilla en Italia. Yo veía en el *Gesu Vecchio* una mujer del pueblo sucesivamente arrodillada y sentada hablando en voz alta á la Virgen Santísima, cuya milagrosa imagen corona el altar mayor. Fijos los ojos constantemente en María, la llamaba *Mamá, mamá*; le contaba con una sencillez de niño sus penas domésticas, sus deseos, sus esperanzas, sus temores; luego lloraba y le enviaba besos; despues la saludaba con amor y acababa por volver á empezar añadiendo: Os he dicho todo; obrad ahora, yo me voy y cuento con vos; ¿me oís bien? *addio, mamma, mamma, addio*. Por fin salió enviándole un último beso. Lo que hacia esta pobre mujer lo hacian otras veinte al mismo tiempo; nadie se ocupaba de ellas, tan natural así es al pueblo de Nápoles este modo de orar.

En la clase elevada la piedad y sobre todo la confianza filial en María conserva el mismo carácter de fe viva y de sencillez tiernísima. Uno de los magistrados más distinguidos de Nápoles ha compuesto para su familia una obra muy estimada en la cual habla así á la Santísima Virgen: "Tal vez creéis, madre mía, que me habreis dado mucho; no lo niego, pero me debeis aún más de lo que me habeis dado. Permitidme arreglar hoy mis cuentas con vos. Todas las legislaciones del mundo, de acuerdo con la naturaleza misma, dan á los hijos un derecho sagrado sobre todos los bienes de su madre, especialmente cuando esos bienes no han sido concedidos á

de'santi conjugii Crisanto e Daria v. e mm.—
Nápoles, 1831

la madre sino en consideracion á sus hijos. Sentado este principio ¡ved cuán rica sois! Vuestras riquezas no son tesoros, sino minas inagotables. Sois la reina del cielo y de la tierra, la dispensadora de la gracia, el poder que se hace obedecer por Dios mismo. Ahora, pensad bien, os ruego, en que todos los bienes no os han sido dados á vos sola, sino para vuestros hijos, entrando aún yo, que soy el último de todos. ¿Seríais lo que sois sin mí y sin los pecadores como yo? ¿No es por vuestro rescate por lo que se hizo hombre el Hijo de Dios y por lo que os eligió para su Madre? Ved, pues, que todo lo que teneis me pertenece. Además, lo que me habeis dado no es nada en comparacion á lo que poseeis; me debeis, pues, todavía y me debeis mucho; ¿qué teneis que responded...?"

Y en otra parte: "Escuchadme, Madre mía; es necesario que me concedais lo que os pido. Si me lo negais, ¿qué se diría de vos? ó que no habeis podido oirme ó que no lo habeis querido; nadie creerá que no habeis podido, porqueseis harto conocida; y el que no hayais querido, confieso que mejor querría oír decir que no habeis podido. ¿Cómo no querer, Madre mía, la Madre de la gracia, de la misericordia y de la clemencia oír á uno de sus hijos? ¿qué sería de vuestra reputacion? Pensadlo; y salid de ello como podais." 1

La fé, madre de esa piedad filial, se manifiesta de muchos modos. Me contentaré con citar el ejemplo siguiente, que me es particularmente conocido: Un canónigo frances y uno de sus colegas de Nápoles se pasean por el campo, entran á un jardín para comer allí higos frescos. Despues de comerlos piden á la ama de la casa agua para lavarse las manos y un lienzo para enjuagarlas. Antes de que se haya llevado el lienzo, el canónigo frances toma la pri-

1 *María Stella del mare. Delsig. de Conciliis Giudice alla G. C. di Napoli. In.—8.*

mera toalla que encuentra: "No, no, Padre le dijo la excelente mujer, no es digna esa toalla de enjuagar los dedos que tocan todos los días á Nuestro Señor Jesucristo." Y corre al punto á su armario y saca de él el pañuelo de batista más blanco y fino que encuentra y lo presenta al sacerdote.

Ademas, la fe de los napolitanos es proverbial en Italia. Uno de nuestros amigos se despedía del santo Padre Gregorio XVI: "Supuesto que vais á Nápoles, le dijo su Santidad, traedme una poca de la buena fe napolitana: *Apportatemi un poco di fede napolitana*." Conviene decir que los sacerdotes celosos, con que se honra Nápoles, se toman un trabajo infinito por mantener aquella piadosa disposicion. Por la tarde abren los oratorios para el pueblo. Hay en ellos instrucciones, confesiones, oraciones hasta las once y doce de la noche; nada se escapa á su caridad. ¿Se creería en Francia que yo he visto á los presidirios atravesar las calles de Nápoles é ir como los seminaristas á los ejercicios del retiro que se les da cada año para prepararles á la Pascua? El gobierno mismo, que en ciertos casos toma un aire de despotismo religioso, secunda aquí el celo del clero. Una ley pone en el deber á cada comuna de hacer el gasto necesario, para tener un predicador durante la cuaresma. Estos honorarios, cuyo máximun fija la ley, no pueden pasar de 60, 40, ó 30 ducados, segun la importancia de la localidad. Esta ley fué dada no tanto por el objeto de remediar la indiferencia de los habitantes, cuanto por el de poner un límite á su generosidad.

Las autoridades municipales no se ocupan, pues, solamente del embellecimiento y del buen estado de su comuna, sino que consagran además una parte de sus rentas públicas al bien moral de sus administrados; hé aquí ciertamente una institucion popular y verdaderamente católica. A pesar de todo esto hay mal en Nápoles; pero

hay remordimientos; los dos elementos en lucha. Con una fe muy robusta, nuestros hombres de la edad média se dejaban llevar de tiempo en tiempo á graves desórdenes; luego, recobrando su imperio la religion, entraban en sí mismos, se daban golpes de pecho, reparaban sus iniquidades y morian penitentes y santos. Tal es, con pocas diferencias, el estado actual de las poblaciones napolitanas. Los puñales que se encuentran suspendidos delante de los altares de la Santísima Virgen son una prueba de este hecho y un homenaje al poder de la religion. En todos los países, el cojo deja sus muletas en el altar de su protector cuando ha sido curado; éste es un monumento de la bondad del uno y del reconocimiento del otro. En Nápoles, el asesino, el vengativo, ese enfermo moral á quien María ha curado y desarmado, viene á depositar el arma homicida ante la imagen de su libertadora. En este espectáculo se llora sin duda sobre la perversidad humana, pero tambien se admira y se bendice el poder de la religion sin el cual uno de aquellos puñales hubiera sido tal vez para uno de nosotros.

La fe agita todavía de una manera muy consoladora las costumbres públicas. Cuatro grandes síntomas anuncian la decadencia de las naciones, y prueban el exceso de la inmoralidad del espíritu y del corazón; ya he citado el infanticidio, la locura por razon de las pasiones, la impenitencia final y el suicidio. Ahora el infanticidio es muy raro en Nápoles. La exposicion misma es de uno por siete, mientras que en Paris es más de una tercera parte, y en Lóndres se eleva hasta cerca de la mitad de los nacimientos. A pesar del ardor del clima Nápoles cuenta siete veces menos locos que Paris, y diez ó doce veces menos que Lóndres. Sobre cuatrocientos mil habitantes, Nápoles no ve anualmente más que de veinticinco á treinta suicidios, mientras

que Paris da por término medio, uno y medio por día. Parece desde luego que nosotros estamos poco autorizados para reprochar á los Napolitanos sus desórdenes morales. No quieren negarlos; pero solo las cifras que preceden enseñan todo lo que hay de exageracion en las relaciones de ciertos viajeros.

Cuando volvíamos al hotel, una mujer del pueblo le rogó á nuestro guía, que era su conocido, que entrase á su casa; él aceptó y nosotros le seguimos. Nos vimos muy pronto rodeados de muchos niños, que reconociéndome por sacerdote vinieron á besarme las manos. Preguntamos á la mujer si todos aquellos niños le pertenecían. "Sí, nos dijo ella, hay solo dos que son *figli della Madonna* (hijos de la Virgen). No es raro en Nápoles ver á las gentes más pobres encargarse por devocion de uno ó de muchos niños expósitos, ó bien de adoptarles en cambio de los que han perdido. Estos hijos eran los que decia la virtuosa mujer y á quienes ella les designaba bajo el nombre tierno, consagrado por el uso napolitano, de *hijos de la Santísima Virgen*.

NOTA DE LA PAGINA 12.

El testimonio unánime de los siglos, la palabra solemne de los soberanos Pontífices y los homenajes no interrumpidos del mundo católico establecen á la vista de todo hombre sensato la certidumbre de estos monumentos venarables. (a) Reconocida la autenticidad, dejadme referir sobre el *velo sagrado* una tradicion muy antigua. (b) El rumor de los milagros de Nuestro Señor habia llegado á oídos de Tiberio. Habiendo caído enfermo el emperador, deseó conocer á aquel personaje extraordinario que vivia en la Judea. Si es un Dios, decia él, puede socorrerme, si es un

(a) Benedict. XIV, *de festis Domini, etc.*; de *Feria VI in Parasceve*, p. 195 á siguientes.

(b) Foggino, *de Romano, etc.*; p. 38 y siguientes.

hombre puede ayudarme con sus consejos. Llamó, pues, á uno de sus oficiales llamado Volusiano y le hizo partir á palestina con orden de llevar á Jesus. El oficial se embarcó al punto; pero contrariado por el mar perdió mucho tiempo y no llegó á la Judea sino hasta despues de la muerte de Nuestro Señor. No pudiendo ya cumplir su mision quiso al ménos llevar al emperador un recuerdo del Nazareno. Supo que una mujer que habitaba la ciudad de Tiro habia sido curada por Jesus y que conservaba su retrato. Volusiano la mandó buscar y la obligó á seguirle con el retrato que ella poseia. A su vuelta á Roma, llevó Volusiano á aquella mujer delante de Tiberio. Al verla la preguntó el emperador, si era cierto que habia sido curada por Jesus. Así es, respondió esta mujer, y al mismo tiempo le presentó la imágen del Salvador á Tiberio, quien fué curado al punto. El emperador penetrado de reconocimiento, se dirigió al Senado y propuso que se pusiera á Jesus en el número de los dioses. Los enadores se negaron á ello; entónces este príncipe que hasta allí se habia mostrado dulce y humano, se dejó llevar de su cólera y mandó matar un gran número de senadores y de ilustres Romanos. En cuanto á la mujer de Tiro, permaneció en Roma y dió la imágen del Salvador al papa San Clemente, quien la conservó preciosamente y la trasmitió á sus sucesores. (a)

Hay muchas observaciones que hacer sobre esta tradicion. 1.º Ella dice que Tiberio conoció los milagros del Salvador. Este hecho está atestiguado, por otra parte, por Tertuliano y San Justino, que dicen en sus apologías, que las actas de Nuestro Señor, escritas por Pilatos, estaban conservadas

(a) Véase á Foggino, p. 37 y siguientes.—Poseemos una disertacion excelente sobre la verdad de esta tradicion y la autenticidad de esta imágen en Zinelli, *Biblioth. eccl.*, T. III, p. 263, edicion de Venecia, 1840, in—8.º

en Roma en los archivos del Senado; se sabe además que los gobernadores de provincias mandaban al emperador la relacion de todo lo extraordinario que pasaba en su gobierno; igual cosa se hace hoy en Francia y en todas partes. 2.º Ella no contiene ninguna particularidad que repugne á la razon ó que contradiga hechos conocidos. 3.º Ella afirma que Tiberio irritado con la negativa del Senado habia hecho admitir á Jesucristo en el número de los dioses y se vengó de aquella corporacion mandando matar á muchos de sus miembros. Este pormenor nada tiene de contrario á la historia; léjos de eso, da la razon de un hecho referido por Tácito, por Suetonio, es á saber: la venganza ejercida por Tiberio contra el Senado. Sea lo que fuere de esta tradicion, siempre es cierto que el *velo sagrado* es honrado en el Vaticano desde la más remota antigüedad. Ya en el siglo octavo se habia establecido una fiesta en su honor.

No falta quien diga que en otro tiempo se honraba en muchas ciudades el velo sagrado; no temen, como ciertos críticos de nuestros dias, avanzar que se venera en muchos lugares el cuerpo del mismo mártir. Puesto que he sido traído á este terreno, es necesario responder brevemente á esas pretendidas dificultades: 1.º Poco importa lo que pasa en las otras iglesias; basta saber que el *velo sagrado*, conservado en Roma, reúne en primer lugar las tres pruebas de autenticidad; la antigüedad del testimonio, la prioridad del culto y el juicio de la autoridad competente; 2.º que la existencia simultánea de muchos velos ó pañuelos santificados con el contacto del Salvador, nada tiene de imposible y hasta

diré que es verosímil para quien conoce un poco la historia de los primeros cristianos; 3.º que muchos han podido ser llamados *velo sagrado* porque contenian algun pedazo del verdadero. Así como se van desprendiendo muchas veces de los clavos de la Pasion, muchas partículas que han sido engastadas en clavos profanos, así tambien nosotros engastamos partículas de la verdadera cruz en otras cruces de diversas materias. Ahora, en el lenguaje cristiano estos segundos clavos son llamados sagrados; y aunque no hayan atravesado ni los piés, ni las manos del Salvador, no dejan de ser por eso objeto de una justa veneracion. Habria otras respuestas que dar, pero pasarian los límites de una simple nota.

En cuanto al mismo mártir que se dice honrado en muchos lugares á la vez, respondo: 1.º que el hecho es falso si se trata del cuerpo entero, y desafío á nuestros detractores á que lo prueben; 2.º el hecho es cierto si se trata de parte del cuerpo. Estas expresiones: Tal iglesia posee, honra el cuerpo, el brazo, la cabeza de tal santo, de tal mártir, no significan que esta iglesia posee realmente el cuerpo, la cabeza, el brazo entero del santo ó del mártir. Ordinariamente solo indican que posee una parte de aquellas cosas. Este modo de hablar, usado desde los primeros siglos, en el cual se toma la parte por el todo, está lleno de un sentido profundo; él dá á conocer que la virtud del santo está toda entera en la menor parte de sus reliquias. (a) Ya tendré ocasion de volver á esta materia al hablar de las catacumbas.

(a) San Basilio *orat. in 40 martyrs.*; Bar., an 35; n. 15 Mazzol., t. 1, p. 3.